

***Carta del Padre Pedro de Morales.* Ed. Beatriz Mariscal Hay. México: El Colegio de México, 2000. 256 pp.**

Sara Poot Herrera
Universidad Nacional Autónoma de México

Es un lujo de edición la carta del Padre Morales publicada por Beatriz Mariscal Hay. El título completo de este documento del siglo XVI dice así:

CARTA/ DEL PADRE PEDRO DE MORALES/ DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS./ PARA EL MUY REVERENDO PADRE EVERARDO MERCURIANO,/ GENERAL DE LA MISMA COMPAÑÍA./ *En que se da relación de la festividad/ que en esta insigne Ciudad de México se hizo este año/ de setenta y ocho, en la collocación de las sanctas reliquias/ que nuestro muy santo padre Gregorio XIII les embió.* Con licencia en México por Antonio Ricardo, año de 1579.

Beatriz Mariscal Hay no sólo edita este escrito en su totalidad – festiva y testimonial de un gran suceso de época– sino que, con Elías Trabulse y Martha Elena Venier, es editora también de la Biblioteca Novohispana del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. Del propósito de esta Biblioteca explica Beatriz Mariscal:

Contribuir a la recuperación de la producción cultural de la época colonial por medio de ediciones críticas, anotadas, de textos de contenido literario, histórico, legal y científico, escritos no sólo por la figuras sobresalientes de la cultura novohispana, sino también por olvidados o hasta ahora desconocidos autores de este período, para de alguna manera em-

pezar a cubrir esa gran laguna en las letras mexicanas es la ambiciosa tarea que se propone el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México con la “Biblioteca Novohispana” cuyo volumen 5 ofrecemos al lector (p. xiii).

Damos la bienvenida a este volumen V de dicho proyecto novohispano de rescate de documentos que en esta ocasión conjunta la doble tarea editorial –del proyecto y del libro– de Beatriz Mariscal Hay, con una larga trayectoria académica en ediciones con la calidad de la que ahora publica. Por una parte, las suyas son resultado de una lectura filológica, erudita, que, en una justa medida, precisa, proporciona datos, contextúa de manera pertinente; por la otra, sus ediciones lo son también de una lectura ideológica que le permite ver el espectáculo desde el entramado político de una sociedad construida sobre los estamentos del poder social y religioso de aquella época. De esta lectura múltiple e integradora, que va más allá de la búsqueda de fuentes y que no sólo ofrece descripciones cercanas a la posible realidad de los hechos, se originan las propuestas de la editora, quien no deja de cuestionar, ironizar, sugerir ideas, poner en juego la capacidad de su lectura política. Así, cobra relevancia el acercamiento filológico y erudito que, a su vez, construye bases firmes para la interpretación siempre inteligente y perspicaz de la estudiosa, quien nos dice que “la literatura, la pintura, la orfebrería, la música y la danza hacían su aparición majestuosa y efímera en el espacio urbano; todo de acuerdo con complejos programas ideológicos, en cuya elaboración sobresalieron los jesuitas” (p. xvii).

A esta orden religiosa, partícipe en la construcción de la conciencia criolla virreinal, pertenece el Padre Pedro de Morales, quien fue autor de varias obras religiosas y hagiográficas, y de esta carta dirigida “Al muy reverendo Padre Nuestro en Iesucristo, el Padre Everardo Mercuriano, Prepósito General de la Compañía de Iesús” [3] y cuyo final es “De México y de hebrero veinte y dos, día de la Cáthedra de San Pedro de mill y quinientos y setenta y nueve años. De Vuestra Paternidad indigno hijo y siervo inútil de la Compañía. PEDRO MORALES. Con licencia En México por Antonio Ricardo, Año de 1579” (fol. 200v).

De la *Carta del Padre Morales* ya conocíamos la *Tragedia intitulada el Triumpho de los Sanctos*, modelo de teatro de colegio desarrollado en el siguiente siglo (un ejemplo es la *Comedia de San Francisco Borja* [1640], del también jesuita Matías de Bocanegra). Se conocía la *Tragedia*, primero por la edición de Harvey L. Johnson (University of Pennsylvania, 1941) y, después, por la de José Rojas Garcidueñas (UNAM, 1976); a una y otra se refiere Mariscal Hay, ya aclarando, ya corrigiendo, ya precisando. Pero no conocíamos la *Carta* en su conjunto que es la relación de la festividad religiosa de noviembre de 1578. Si bien participaron en ella los miembros de todas las jerarquías sociales y de todas las órdenes religiosas, la festividad fue organizada y corrió a cargo de la orden jesuita a la que, privilegiándola, el Papa Gregorio XIII había mandado una remesa de reliquias de santos; su colocación en la Catedral de México fue el motivo de esa gran fiesta del primero de noviembre de 1578. Los pocos años que median entre la llegada de la orden jesuita a la Nueva España –1572– y esta festividad –1578– son claro índice del poder que empezaba a acumular la orden, desplegado suntuosamente en este magno espectáculo.

Con sólo leer el índice nos damos cuenta de su presentación inteligentemente estructurada. Después de unas palabras “Al lector”, relativas a la situación de la bibliografía y de la historiografía coloniales hispanoamericanas, hay una “Introducción” de diez apartados. Cada uno de ellos va desprendiéndose del otro; éstos se desarrollan de modo fluido considerando el contexto histórico de la llegada de los jesuitas, su gradual posicionamiento en las altas esferas del poder económico y político, y su proyecto inmediato, de gran urgencia para la orden: “la adhesión de los indígenas americanos vendría a compensar [...] la pérdida de los protestantes que se habían alejado de la fe verdadera” (p. xxv). Una vez que la editora precisa la estrategia de los jesuitas respecto a tal “adhesión”, analiza e interpreta la importancia de las fiestas religiosas novohispanas –sobre todo lo relativo a la relación fiesta y poesía; en este caso, explica la importancia de la recepción de las reliquias, que por primera vez llegan a México y son recibidas con gran muestra de derroche y espectacularidad. Esto último es por parte de personalidades criollas cuya confianza ha sido atraída por los jesuitas.

En su texto introductorio, Beatriz Mariscal Hay nos aproxima histórica, social e ideológicamente a la festividad de 1578; se detiene brevemente en un apartado donde presenta la Tragedia del Triunfo de los Santos y habla del espacio de su representación así como de los problemas de autoría de la obra, sobre los que toma una posición nada ambigua al mismo tiempo que prudente:

Aunque el padre Morales no dice quién es el autor de la *Tragedia*, el padre Francisco Javier Alegre, al hacer la relación de la fiesta señala que “los autores [de la Tragedia] fueron los maestros de latinidad y retórica; con base en esa declaración, Rojas Garcidueñas propone a Vicencio Lanuchi y Juan Sánchez Baquero, los entonces maestros de latinidad y retórica del Colegio de San Pedro y San Pablo, como autores, una propuesta que me parece acertada (p. xxxi).

Mariscal Hay se refiere también al autor de la carta –el Padre Morales–, informa sobre la historia editorial de la pieza de teatro, comenta el estilo literario de la carta y explica los criterios que ha elegido para la edición; finalmente, apunta algunos datos del primer impresor de la carta y de la recepción de este documento. Ha abierto así las páginas de la carta del Padre Morales, de la que propia y precisamente es su edición anotada. El libro se organiza de esta manera: en primer lugar está la “Carta de Pedro de Morales” (pp. 3-111), le sigue el *Triumpho de los Santos* (pp. 115-226) y, después de esta pieza, se retoma la carta hasta su final (pp. 227-249). Cierra la edición una sólida Bibliografía (pp. 251-256).

A la mención del destinatario de la carta, con la información relativa a la llegada de las reliquias, sigue la descripción de las reliquias, el edicto –en latín– de los certámenes y el sumario de reliquias e indulgencias. De inmediato se inicia la reseña de las procesiones, los actos triunfales, las porterías y el primer día de la Octava; los otros siete días aparecen después del texto teatral. La festividad de la recepción de las reliquias es el contenido de la *Carta del Padre Pedro de Morales*. Si bien se llama “carta” y está dirigida al entonces prepósito de la Compañía de Jesús –el Padre Mercuriano–, el documento hace la crónica de la llegada de las reliquias a Sant Iuan de

Lúa, el 7 de septiembre de 1577, del recibimiento en “este Collegio de México”, de la visita del Arzobispo para adorar las reliquias, así como de la de “religiosos y gente principal” (p. 3). Se comenta también el acuerdo al que se llegó respecto a la colocación de las reliquias, “situando el día de los gloriosos apóstoles Sant Pedro y Sant Pablo y luego el día del Archángel Sant Miguel y últimamente el día de Sant Lucas Evangelista, y que la collocación y inicio de estudios fuese junto” (*id.*).

Como puede verse, en su afán de atraer a sus escuelas a la población pudiente, los jesuitas aprovechaban oportunidades como ésta: un gran suceso –teatralidad de época–, legitimado desde Roma nada menos que por la máxima autoridad de la Iglesia Católica. El apoyo eclesiástico era además, como bien anota Mariscal Hay, porque “los jesuitas se habían declarado agentes principales del mandato tridentino de propugnar el culto público de las reliquias” (n. 3, p. 11).

La *Carta* también menciona ciertos impedimentos respecto a la realización de esta festividad por lo que –informa– se hizo una consulta para llevar a cabo la “extraordinaria solemnidad para edificación de los fieles y confusión de los hereges y para instrucción y enseñanza espiritual de estas *planticas tiernas de los naturales* (que tanto por lo exterior se mueven)” (p. 4; yo enfatizo); ya en las primeras líneas de la *Carta* aparece la concepción que los jesuitas tenían de los indios: “El trato de los jesuitas hacia los naturales se caracterizó por esa concepción de su simpleza, de que se trataba de seres sin malicia”, dice Mariscal Hay (n. 4, p. 11).

“De esta junta –continúa la *Carta*– salieron todos alentados, aunque no con tan alto sucesso ni fin como Dios tenía determinado, lo qual movió al Padre Provincial a que de todo se diesse a Vuestra Paternidad relación” (p. 4). El Padre Morales justifica así la redacción de su documento, escrito éste por encargo; su destinatario sería el Prepósito General de la Compañía de Jesús.

Salvados los obstáculos, se pasa a la organización cronológica de la festividad. Comenzaría el sábado primero de noviembre, día de Todos los Santos, y duraría ocho días –una octava–. Se habla también de los ornatos de la procesión, “se procurassen hazer algu-

nos arcos de yervas (como en esta tierra acostumbran los indios” (*id.*). De nuevo encontramos una alusión a la población indígena que sería protagonista de las procesiones de los siglos coloniales. Además de las alusiones, es muy interesante notar la admiración del padre jesuita autor de la *Carta*, cuando por ejemplo, menciona a dicha población como hacedora de los “arcos de yervas” –especie de actos triunfales naturales– y de calidad suntuosa y espectacular de las procesiones

Iuntáronse en este tiempo más de doscientas andas de yndios doradas, con diferentes sanctos de sus parrochias y advocaciones, llevando delante sus cruces, pendones, gallardetes y adorno de plumería (que es una de las cosas mayores y más de ver que ay en esta tierra y en que excede a las demás) y todas, o casi todas las cofradías desta ciudad (que son muchas y muy principales) con sus insignias y estandartes y grande copia de cera blanca (p. 23).

El rescate de esta tradición indígena en las fiestas virreinales y el informe de la carta que ahora conocemos en esta carta resultan de importancia fundamental para los estudios sobre los arcos triunfales de aquellos siglos, así como de las procesiones, “de las cosas mayores y más de ver que ay en esta tierra y en que excede a las demás”.

Antes de que la *Carta* se convierta en la relación de los relicarios, se menciona allí la participación del virrey; la de los cabildos de la ciudad y de la Iglesia; la del Maestreescuela Provisor que convocó a reuniones –nada fáciles, al parecer–; la de los sacerdotes de la ciudad y la del arzobipado, para hablar así de los medios con los cuales se había de realizar la festividad: perlas, joyas, sedas... Se reunieron más de doscientos mil ducados de oro, seda y perlería para los arreglos de “nuestra Yglesia y casa y diez y nueve riquísimos relicarios, que por aver sido tales –dice el Padre Morales– daré a vuestra paternidad particular noticia de algunos de ellos...” (p. 4). Enseguida viene la “Relación de el modo, hechura y riqueza de los Relicarios”. El primero, “de la Sagrada Espina” (santa espina); el segundo, “de la Santa Cruz” (dos pelícanos de oro con unos rubíes, la santa cruz);

el tercero, “de la Sancta Casa de Loreto y de los gloriosos Sant Joseph y Sancta Ana” (grande hueso de la cabeza de ella y otro de él); el cuarto, “de el Apóstol Sant Pablo” (grande hueso, al parecer, de la canilla). En estos relicarios estaban 81 reliquias y en un cofre de terciopelo las demás piezas, “llevando el penúltimo lugar inmediato a San Hyppólito” (p. 7), el patrono de la ciudad de México. (La fiesta del Pendón se llevaba a cabo el 13 de agosto; día conmemorativo de la Conquista.)

La *Carta*, a modo de crónica, sigue relatando la festividad. Las notas laterales de la edición resumen los sucesos: “La grandeza y magestad de los relicarios”; “Celebraron primero los padres de la Compañía la festividad secretamente en su casa”; “Hiciéronse cinco arcos triumphales y un tabernáculo y tres arcos de flores y plumería”; “Paseo de los estudiantes y juventud mexicana al poner el cartel sobre las reliquias”. Comienza así la procesión de las Sanctas Reliquias: hay música, atabales, cuadrillas, también un Príncipe a caballo (un estudiante del colegio de San Pedro y San Pablo) que llevaba

en una lança dorada y vendada de azul el cartel y justa literaria en que se contenían siete certámenes sobre las Sanctas Reliquias”. Tenía este cartel tres varas en alto y dos en ancho en el qual yvan las armas de la ciudad que son una planta de tuna campestre en medio de una laguna y encima della una águila con una culebra en el pico. Yva también puesto el cartel en el cuerpo del águila que ella misma lo abraçaba y sustentava con las uñas” (p. 9).

Los jesuitas se posesionan de lo mexicano para mostrar familiaridad –naturalidad– con el nuevo espacio histórico y geográfico, y para manifestar el reconocimiento de lo otro y del otro; la orden traza de esta manera una nueva cronotopía –aculturación y transculturación aunque incipientes– en pleno suelo mexicano y en pleno siglo XVI, a menos de sesenta años de la Conquista. El contenido del cartel en latín –ahora traducido al español– es un *Edicto del Certamen Literario, propuesto por el Ilustrísimo Senado mexicano, en la colocación de las santas reliquias* (p. 12). Así concluye:

Quisiera pues la nación mexicana (para mostrar una prueba de su espíritu agradecido) hacer resonar voces angélicas y humanas en acción de gracias, así como para responder a tan insigne beneficio de alguna manera, mediante un generoso decreto del ilustrísimo senado, promulgando con juicio equitativo. Proponiendo magníficos premios a poetas y oradores, con el fin de entonar las alabanzas a los santos, con la liberalidad acostumbrada, convoca y exhorta (p. 13).

Los certámenes ya institucionalizados se convertían, éste es el caso, en un aspecto importante de las festividades religiosas. Aparecen siete certámenes (en latín) y las Leyes de los contendientes (también en latín), los datos de quienes asistirán al juicio de los contendientes, así como los datos de los jueces del certamen. Fijado el cartel, continúa el paseo, se ponen maderos para los arcos triunfales y se dan a conocer las impresiones de los sumarios de las reliquias:

1. Summario de las reliquias y indulgencias que su Sanctidad concedió al collegio de la Compañía de Iesús de México, como más largamente se contiene en el breve de su Sanctidad.
2. Huessos de Apóstoles y Evangelistas.
3. Huessos de Sanctos Doctores.
4. Huessos de Sanctos Mártires.
5. Huessos de Sanctos Confesores.
6. Huesos de Sanctas.

Jerarquizada la “osamenta”, resume la *Carta*: “De otros sanctos cuyos nombres se ygnoran. Son por todas dozientas y catorce reliquias” (p. 23). Concede su Santidad que el día de la dedicación de la iglesia donde se colocarán las reliquias, y el día de la celebración de cada santo cuyas reliquias allí estén, los visitantes –contritos y confesados– rezarán cinco veces el Paternoster y el Ave María por el feliz estado de la Santa Iglesia, ganando siete años y siete cuarentenas de indulgencias. Esta información se hace del conocimiento de los fieles y se les comunica que el día de Todos los Santos y los del octavario será la celebración de la fiesta de la colocación de las reliquias y se llevará a cabo en la casa de la Compañía de Jesús. Pedro

Moya de Contreras, Arzobispo de México, prometió conceder cuarenta días de indulgencia a quienes visitaran durante esos días la casa jesuita. Antonio Ricardo, impresor de la *Carta del Padre Morales*, imprime esta información en el Colegio de San Pedro y San Pablo.

Se reparten los sumarios y se da a conocer el día de la festividad: “todos los indios músicos de trompetas, chirimías, clarines, y de otros géneros que uviessse seys leguas alrededor de México viniesen para aquel día con sus instrumentos (de que ay en esta tierra mucha abundancia”; p. 21). Se instalan los arcos, se suelta a los presos, y una noche antes de la festividad se llevan los relicarios a la Catedral. La fiesta ha comenzado: la procesión es a las siete de la mañana; se juntan más de doscientas andas de indios, y participan todas las órdenes religiosas.

Minuciosamente se describe la procesión que pasa por los sitios más importantes de la ciudad hasta llegar a la placeta del Marqués, corta por Tacuba y llega a Santo Domingo donde espera un gran arco triunfal, dedicado a San Hipólito (se leen versos, participan niños, hay variedad de danzas...). Sigue la procesión y pasa por otros tres arcos triunfales (a la Virgen y a San José y Santa Ana; a los apóstoles, a los Santos Doctores), hasta llegar a la “Portería de Nuestro Collegio”, dedicado a “Nuestro Muy Sancto Padre Gregorio XIII” y al “Quinto y último arco triumphal a la puerta de nuestra yglesia, dedicado a la Sagrada Espina y Sanctísima Cruz”. Finalmente, se describe la “Puerta de Nuestra Yglesia, el Patio de nuestro collegio” (la poesía sirve a este fin) y la Festividad común a toda la octava. El día domingo, primer día de la Octava, se representó la Tragedia intitulada el *Triumpho de los Sanctos*. Aparece a continuación el texto de la comedia, que concluye con un villancico alusivo a la conversión religiosa y al recibimiento y adoración de las reliquias: “Los huessos sagrados/ que era abatidos,/ ya son venerados/ con honra y servidos/...” (p. 225). Esta pieza teatral es de capital importancia en la historia de la dramaturgia hagiográfica de la Nueva España.

La última parte de la *Carta* es la crónica de los siguientes días de la octava hasta cerrar con los certámenes. Esos días fueron grandes y continuas celebraciones, llevadas a cabo en distintos

escenarios; hay canciones, coros, villancicos, música, coloquios... La voz del Padre Morales se deja escuchar de vez en cuando refiriéndose a veces a la carta que escribe. Una nota final anuncia: “Por se aver en todo este discurso advertido algunas cosas singulares, me pareció referirlas a Vuestra Paternidad por remate de esta carta” (p. 244).

El escrito en su conjunto –minucioso y espectacular– informa acerca de esta festividad jesuita que envolvió a todos los estratos de la naciente y compleja sociedad novohispana. Su importancia de testimonio radica en gran medida en reunir discursos y textos en relación con los últimos años de la década del setenta en el siglo XVI. Hacer desde distintos ángulos una lectura del año de 1578, como lo hace ejemplarmente la editora del escrito, es entender un capítulo fundamental de la vida religiosa y política de la Nueva España.

Beatriz Mariscal Hay, al editar el documento completo, abre nuevas perspectivas de estudios integrales e interdisciplinarios sobre el siglo XVI e inaugura nuevos acercamientos a los últimos años de aquel siglo. El documento es termómetro del poder y prestigio de las órdenes religiosas, y la jesuita, entre ellas, se apuntalaba ya en el corazón de la ciudad y en el cerebro de la cada vez más prominente sociedad criolla, instruida en parte en los colegios de esta orden.

La *Carta del Padre Morales* es un discurso que pertenece a un género de época, el de los documentos epistolares políticos y religiosos que, dirigidos en lo inmediato a un destinatario superior, permanecen posteriormente como testimonios de la vida pública, política, religiosa y literaria de la capital novohispana. Su desconocimiento a lo largo de varios siglos es compensado ahora con la edición crítica, anotada y precisa, provista de sólido soporte documental y de una relación de hechos históricos, realizada por Beatriz Mariscal Hay.

En esta edición de la Biblioteca Novohispana de El Colegio de México no sólo se ratifica la complejidad de una fiesta católica en el mismo siglo de la Conquista, al igual que el reconocimiento explícito de la incorporación de los naturales por parte de los jesuitas a sucesos celebratorios de tal magnitud, sino que también se trans-

parentan nexos de poder que circulan en las entramadas redes de relación de las autoridades religiosas. En la textura social de la Nueva España, la orden jesuita hacía sentir su presencia marcada en los pedestales de un escenario efímero de poder, el de la recepción de las “sanctas reliquias” a las que se les rendía culto público; allí participaban todos. En el tejido de la misma sociedad, ese mismo poder era menos efímero y se preservaba en el relicario privado de la orden.

La escritura de la *Carta* del Padre Pedro de Morales y la lectura de Beatriz Mariscal integran una relación completa de un suceso que, ya en suelo mexicano, se inicia en 1577 en San Juan de Ulúa, Veracruz, y culmina en la ciudad de México la primera semana de noviembre de 1678. Es de gran interés el cartel de la procesión: en él, “yvan las armas de la ciudad que son una planta de tuna campestre en medio de una laguna y encima della una águila con una culebra en el pico. Yva también puesto el cartel en el cuerpo del águila que ella misma lo abraçaba y sustentava con las uñas” (p. 9). Los elementos del “escudo”, elegidos por los jesuitas de 1578, lo mismo que “estas *planticas tiernas de los naturales*”, se desplazan literalmente al discurso del también jesuita –Padre Morales– para contextualizar los posibles orígenes de la nueva “nación mexicana” (p. 13).

La *Carta* del Padre Morales (1579) en edición modélica de Beatriz Mariscal Hay (2001) se convierte en testimonio contemporáneo de la situación política de fines de la década de los años setenta del siglo XVI en la ciudad de México: la fiesta que se describe es fundamental para entender el espacio del poder jesuita y también –y allí gran parte del interés por la edición, una edición tan filológica como ideológica– para informarnos sobre los primeros orígenes de las fiestas novohispanas en las que con la poesía lucían los “arcos de yervas”, propios de las raíces mexicanas.